

MUJER. Pues, porque yo apuesto por el *real fooding*, Daniel, a media mañana me entra mucha hambre y no quiero tirar de las sobras de torrijas de la Semana Santa.

HOMBRE. ¿Y por qué no te metes tú en la maleta? (*Con tono amenazante y resabiado*).

MUJER. Porque es a ti al que pillaron sin billete y desnudo llevando solo un cinturón ancho la semana pasada.

HOMBRE. ¡Era un fajín de samurái!

MUJER. Lo que fuera, pero normal no es.

HOMBRE. ¿Y esa es suficiente razón para vetarme la entrada al metro?

MUJER. Hombre, Daniel... Igual a la tercera vez estaban un poco hartos. ¿No crees?

HOMBRE. Yo sí que estoy harto; no me apoyas en nada de lo que quiero hacer en la vida, María. No es tan difícil entender que quiero ser como un platillo volante, salir de lo común. (*Hace como que mueve unas alas imaginarias*).

MUJER. Claro, porque un platillo volante tiene alas, mira haz lo que quieras. Pero yo no pienso dar la cara más por ti, que bastante tengo con lo mío. La próxima te las apañas tu solo.

HOMBRE. Bueno, pero la maleta me la dejas ¿No?

(*La MUJER coge la maleta y se va sin decir nada. El HOMBRE va tras ella llamándola*).

3. ESPERANZA

ANA MORENO PÉREZ

MARUXA, una mujer que ronda los 40, vestida un tanto a la antigua o algo hortera entra en el vagón. Por otra puerta del mismo vagón, entrará PEDRO, rondando los 30-40 y también un poco horterilla, lleva unos cascós puestos. No se ven.

MARUXA. (*Con acento gallego se dirige a los pasajeros cándidamente y habla muy rápido, casi como los anuncios de medicamentos*) Buenas. No vengo a cantarles ninguna canción, ni a recitarles un poema, que bien podría porque siempre me dijeron que soy muy buena recitando. No me miren así, tampoco vengo a pedirles dinero, ni comida —aunque un buen bocata de calamares sí que me comía—. Pero bueno, voy al grano, que me enrollo. Hoy estoy aquí para compartir mi historia. Yo soy de un pueblo Galicia, Mondoñedo, seguro que no lo

conocen, pero existir existe, como Teruel. Llegué a Madrid hace 10 años para buscarme la vida y nunca, nunca me había montado en el metro. ¡Qué maravilla! ¡Te transporta de un lado a otro sin que te des cuenta! ¡Parece la mismísima máquina del tiempo esa de las películas de ciencia ficción! En el metro siempre pasan cosas maravillosas. Como la que me pasó a mí.

La primera vez que me monté, aunque estaba más perdida que un «pulpo en un corral», apareció Pedro. Sí, Pedro. No era Pedro el de los dibujos de Heidi ¿eh? ¡No vayáis a pensar! No sabía ni para dónde ir. ¿Y a quién le fui a preguntar? Pues a él. Era joven, guapo... Él me vio tan perdida que me acompañó hasta mi destino. Y en el trayecto (*se ruboriza*) ... nos enamoramos y nos juramos amor eterno.

(*Cambia el tono y se pone triste-dramática, pero al mismo tiempo parece cómica. Sin dejar de hablar deprisa.*)

Hoy precisamente haría 10 años que estaríamos juntos. Y, ¿se preguntarán por qué no lo estamos? Pues bien, quedamos al día siguiente en Esperanza —la estación—, pero yo me lie con los transbordos y nunca llegamos a encontrarnos. Y desde entonces me montó cada día en el tren con esa «esperanza» y con el deseo de volverlo a encontrar.

(*Aparece PEDRO, que cuando escucha la palabra Esperanza, se quita los cascos y sin dar crédito de lo que ve, se va acercando a MARUXA asombrado.*)

PEDRO. ¡Maruxa! ¡Maruxa! ¿Eres tú?

MARUXA. (*Totalmente alucinada y exagerada desde la candidez*) ¡Pedro!

Pero Pedro, justo les estaba contando a estos señores y señoras nuestra historia.

PEDRO. (*La coge por las manos. Todo muy melodramático*) ¡Maruxa! Desde el día que quedamos en Esperanza y que no apareciste, juré que si te encontraba me casaría contigo. Así que aquí, delante de todos estos pasajeros de testigo. (*Se pone de rodillas. Muy al estilo de una película romántica mala americana. Y sacando una cajita con dos anillos. Pausa dramática.*) ¿Te quieres casar conmigo?

MARUXA. (*Con cara de sorpresa y asombro*) ¡Pero Pedro! ¡Así de repente!

PEDRO. (*Se levanta*) Bueno así de repente no ¡Te he estado esperando 10 años! (*Vuelve a ponerse de rodillas*) ¿Quieres casarte conmigo?

MARUXA. (*Ruborizada. No se sabe muy bien lo que va a decir ni cómo va a reaccionar, baja la cabeza como diciendo que no, y de repente la levanta con una gran sonrisa*) ¡Claro que sí Pedro! Y ya que estamos aquí y ustedes han sido testigos de tan increíble reencuentro ¿Querrían hacernos de maestros de ceremonia? Solo tienen que decir: «Maruxa ¿Quieres a Pedro como esposo?»

PEDRO. Y: «Pedro ¿Quieres a Maruxa como esposa?»

MARUXA Y PEDRO. ¡LO QUE EL METRO HA UNIDO QUE NO LO SEPARÉ EL HOMBRE!

(*Se dan el Sí quiero, se ponen los anillos, y se besan romántica y apasionadamente*).

PEDRO Y MARUXA. ¡Muchas gracias! ¡Nos vamos a celebrarlo! Y si alguien quiere venir... están invitados.

(*Llegan a la siguiente parada y bajan del vagón de la mano felices y con una gran sonrisa*).

4. SIÉNTESE

MARCOS GARCÍA PÉREZ

ARGUMENTO: En esta pieza teatral, diferentes personajes pertenecientes a distintos colectivos se enfrentan a una situación cotidiana en el metro, como es ceder el asiento según el imperativo de cortesía. Los personajes caen en la paradoja de cederse mutuamente el asiento sin saber determinar finalmente cuál de los colectivos presenta una mayor vulnerabilidad y, por lo tanto, debe ocupar

